

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de

D. Miguel Sawa.

15 CENTIMOS NÚMERO
Idem atrasado, 30.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



SAETAS

Quando halaga, te hace sangre;
si acaricia, despelleja;
cuando saluda en la calle
parece que te da audiencia.

A la reja de la cárcel
no me vengas á llorar,
que hoy van á darme el indulto...
mañana una credencial.

Entre mil hombres honrados,
elija el mejor amigo;
y, si echas algo de menos...
regístrale los bolsillos.

Yo te llamo don Fulano,
y tú, Fulanito á mí;
y tú te quedas ufano...
y yo, me río de ti.

¡Qué buenas cosas se callan!
¡Qué imponente es su silencio!
Pues ese será muy pronto
presidente del Consejo.

¡Oh poder de la oratoria!
Apenas se abren las Cortes
empieza á bajar la Bolsa.

LEOPOLDO CANO.

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID...	Un mes..... 1 pesetas.
	» trimestre..... 2,50 »
	» año..... 10 »

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS...	Un trimestre..... 3 pesetas.
	» semestre..... 6 »
	» año..... 12 »
EXTRANJERO...	» año..... 15 »

EDUARDO DE PALACIO

Otro «último bohemio» que se nos ha ido. Las filas de los «buenos» se van cada vez estrechando más, aclarando más; hoy cae uno, mañana otro... ¡Nos vamos quedando solos!

La muerte de Eduardo de Palacio, supone una gran pérdida para las letras españolas. ¿Quién de entre nosotros se siente con fuerzas para ocupar el puesto que ha dejado vacante? ¡Y pensar que aún vive Catalina!

Eduardo de Palacio honró con sus ingeniosísimos escritos las columnas de este periódico. Fué nuestro compañero por espacio de algún tiempo, y el recuerdo que ha dejado en esta casa es de aquellos que no se borran nunca.

Cavia, en el único artículo que ha dedicado la «gran prensa» á «llorar» la muerte de Palacio, declara á este continuador de las glorias de Quevedo.

Si, y por eso lo hemos dejado morir en la miseria.

No siempre se puede dar «forma» al dolor. Por eso nos limitamos sencillamente á hacer público nuestro sentimiento por la muerte de Eduardo de Palacio.

QUE SE CASEN

—¿Pueden los catecúmenos entrar en el templo? Por mí que entren.—¿Debe permitirse el matrimonio á los sacerdotes católicos?—Por mí, que se casen.

Gana da de tomar así el asunto, y no porque deje de entrañar hondos problemas de moral pública y privada, sino porque cuanto sobre ello digamos ha de parecer sospechoso á los ortodoxos. Es lo mismo que pasó con el poder temporal del Papa. Largos años vinieron asegurando los radicales que su abolición había de ser provechosa para los intereses del pontificado. Ha sido necesaria la lección de los hechos para que algunos creyentes empiecen á sospechar que el Papa es más libre no siendo rey. Sólo la experiencia tiene fuerza bastante para abrir los ojos á los obcecados.

Al contemplar cuánta y cuán fundamental importancia se ha dado por la opinión católica al celibato de los clérigos, nadie diría que se trata, no de un precepto dogmático, sino de una prescripción puramente disciplinaria. De los tres votos de pobreza, obediencia y castidad, parece como si sólo este último fuese el propiamente imperativo. La acusación de incontinencia es más grave á los ojos del sacerdote que las de avaricia, rebeldía, simonía y hasta homicidio. ¿Será porque tal precepto es también, de entre todos, el más contrario á la Naturaleza? Por ascetismo no debe ser. Los términos solterón y egoísta son casi sinónimos entre los laicos. De todos los bienes, de todos los goces de la vida de que se priva ó dice privarse el que se consagra al altar, ninguno hay por sus consecuencias más gravoso, más erizado de personales contratiempos é inconvenientes, hasta el punto de justificar la paradoja de los que afirman que es el genio de la especie el que burla en tal función los cálculos del individuo.

Se ha pretendido ver en el celibato eclesiástico una medida de precaución adoptada para impedir el estancamiento en las naciones de Europa de una casta sacerdotal, semejante á las que imperaron en la India y el Egipto antiguos. No es de creer que tal fuese, al imponer tan dura ley, el designio del Pontificado. Sea de ello lo que fuere, ese peligro ya no existe. El celibato sólo conduce hoy á producir hombres extraños al medio en que viven, desligados de los vínculos más fuertes y más íntimos que nos unen á la sociedad. El amor de la patria no va sin el amor de la familia. ¿No habrá sido el secreto propósito de los pontífices el romper así todo lazo del clero con la sociedad y con la patria para convertirle en un instrumento ciego de las voluntades de Roma? Esa ley antihumana es un obstáculo inmenso, casi insuperable, para el cumplimiento de la función sacerdotal. Los que la infringen han de ser hipócritas. Los que la cumplen viven contrariados, víctimas de la propia violencia que en ellos sufre la Naturaleza, y gracias si el hervor de sus pasiones contenidas no les trueca en monstruos de fanatismo y de crueldad. El cura de Santa Cruz era casto. ¿Ni cómo han de dirigir las conciencias esos eunucos voluntarios? No conocen sino de oídas el amor sexual, el más hondo de los humanos sentimientos, é irán á aconsejar á la virgen que, ruborosa, les revela los secretos de su corazón. No son esposos y dirigirán á la esposa que les consulta sobre los más recatados misterios de la vida conyugal. No son padres é intervendrán en las relaciones más delicadas de las familias. ¿No vale esto tanto como tomar á un ciego por guía?

No sabemos aún con certeza si existe ó no la Enciclica en que se pretende que el Papa ha declarado lícitos los matrimonios de los sacerdotes en la América latina. Sería una sabia determinación que merece ser extendida á todo el orbe católico. El sacerdocio protestante ha mostrado, con evidencia de los hechos, la perfecta compatibilidad entre la condición de padre de familia y el cumplimiento de la misión espiritual. Se dice que el Papa funda su determinación en la conocida teoría del mal menor; pues esa teoría no es sólo aplicable á América, sino al mundo entero. Mejor es casarse que quemarse, dijo ya el apóstol. Cásense los curas por la hipótesis, aunque sean célibes, según la tesis. Sin duda la transición es delicada; los asuntos religiosos son, por esencia cosas de tradición y aun un poquito de rutina. No ha de faltar quien crea ver en un cura casado y con hijos un trasunto del Antecristo. Todo será irse haciendo. Más razonable es el escrúpulo de los latino-americanos que se niegan á confiar á sacerdotes célibes la dirección de la conciencia de sus mujeres y sus hijas.

Si, que se casen los curas, ya que casan á los demás, aunque no sea sino para cumplir aquel precepto evangélico: «No hagas á tu prójimo lo que no quieras que éste te haga».

ALFREDO CALDERÓN.

CONTRASTE

1

Va á amanecer. El cielo todavía viste su manto negro con brillantes; pero una línea cárdena á lo lejos indica los albores matinales.

Reposa la ciudad. El cierzo helado cruza silbando las desiertas calles, y duermen en los quicios de las puertas los nocturnos guardianes.

Don... Fulano de Tal, robusto, fuerte, en la flor de la edad, rico de sangre, forrado el cuerpo con gabán de pieles y las nervudas manos con los guantes, en busca de su coche, que le espera, del regio templo de sus vicios sale.

Se aburría en el teatro, donde estuvo con otros caballeros respetables, cuidando de enseñar de vez en cuando unos dedos encajados de diamantes; después, en un salón, entre perfumes habló de diversiones y de trajes, y fué á acabar la noche en una especie de embriaguez distinguida y elegante. Le escanciaron el vino hermosas hembras que con él compartieron los manjares succulentos, sabrosos, exquisitos, servidos en raciones abundantes, y... total: que con uno ó dos billetes de los que á espaldas le dejó su padre, se ha pagado una orgía... ¡la que goza sin disgustos ni quiebras años hace!

Jamás de otra manera se emplearon las fibras de su carne, no sirviendo sus brazos de otra cosa que de sostén á las mujeres fáciles, ni de su inteligencia, si la hubiere, se gasta la substancia ni un adarme, porque al tirar el oro á manos llenas no se pone á pensar de dónde sale.

Y hete que va á dormir en blando lecho con propósito firme é invariable de volver á empezar cuando despierte, ó le despierten, al caer la tarde.

II

Al arrancar la cómoda berlina, allí á dos pasos, en la misma calle, vería don Fulano, si no fuese por la escarcha que empaña los cristales, que en mitad del arroyo una trapería tirando de frío, muerta de hambre, revuelve con su ganchito la inmundicia en busca de guñapos miserables.

¡Leva tras sí un chiquillo más lacio, más hambriento que su madre que, hundiéndose en el montón sus manecitas busca también... ¿Qué busca? ¡Ni lo sabe!

Débiles son los dos, flacos, entecos, no tienen fuerzas, ni vigor, ni sangre, y husmean en la tierra ansiosamente lo que no quiere nadie.

Conque... estudien los sabios estadistas una manera de que el mundo cambie, porque hacerlo mejor será difícil, pero que así está mal, ¡qué duda cabe!

SINESIO DELGADO.

Nuevas costumbres.

A la vez que un senador norteamericano nos cuenta que el hambre y la miseria alcanzan en Cuba proporciones nunca vistas, ni aun cuando, según los yanquis, cometíamos nosotros barbaridades que hacían necesaria su intervención misericordiosa, noticias de Filipinas nos refieren las nuevas costumbres de aquel país.

«En Manila, dice un corresponsal, nadie sale á la calle después del anochecer, porque los soldados americanos tienen la costumbre de disparar sus fusiles contra todo el que encuentran á tales horas en la vía pública.»

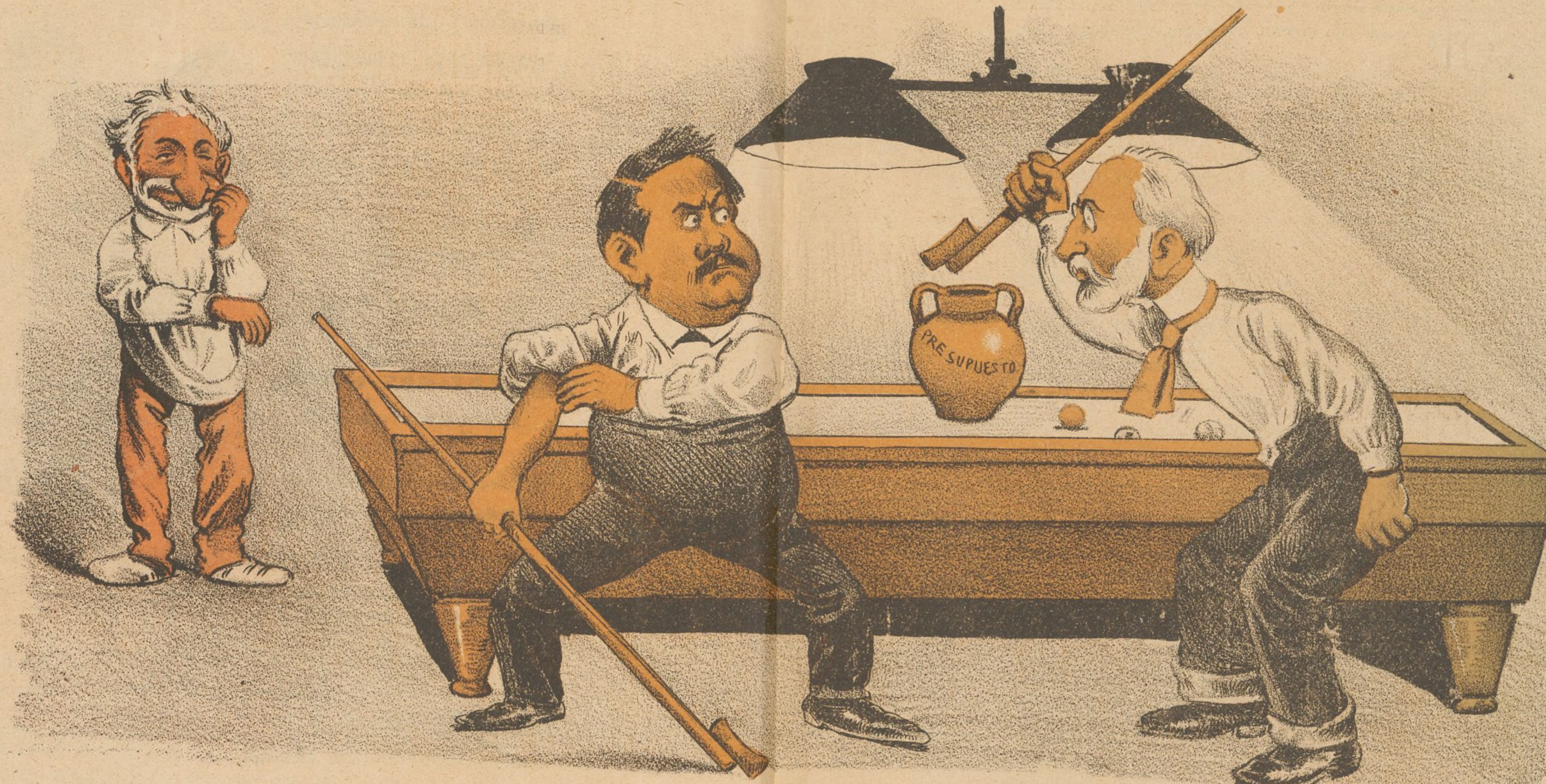
¡Vaya por la costumbre! Así como antes al pintar las costumbres filipinas, se hablaba, por ejemplo, de una riña de gallos, con los indios en cucullas, ahora se pintará esa caza nocturna de hombres en las calles de Manila.

DON QUIJOTE

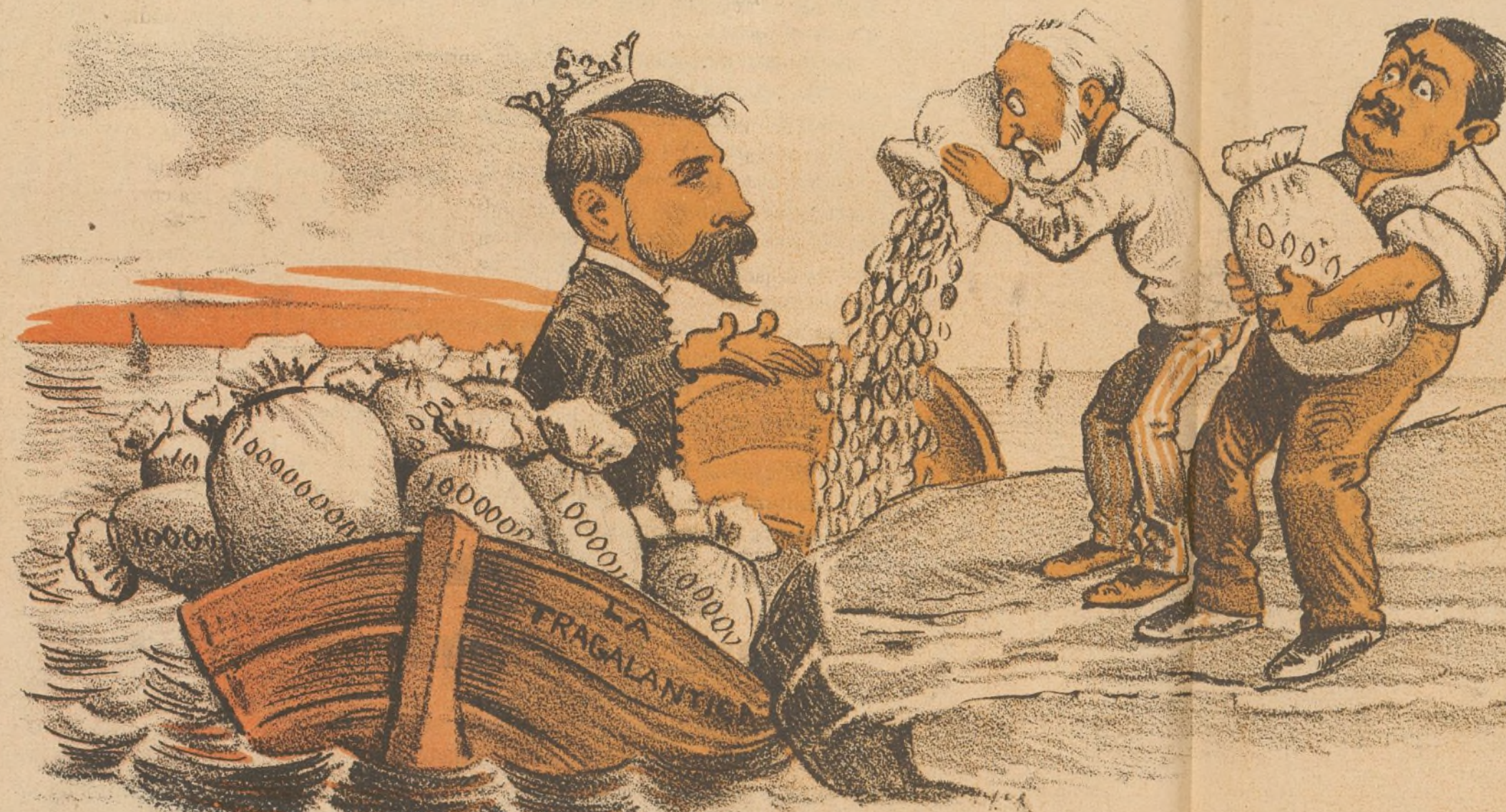


EL HOMBRE DEL DIA
D. Basilio Paraíso.

Lito. de la Vuelta de M. Llanito, jeta del Vento, 22.



Cómo va á concluir la partida.



Todo el dinero que se le dé le parecerá poco.



—Central, ¿es cierto que me llaman de Palacio?



Me salió el tiro por la culata.



[Dato; que no suene nunca ese reloj la hora de dimitir!]



Lorito real,
reza el padre nuestro;
pero que sea en catalán.

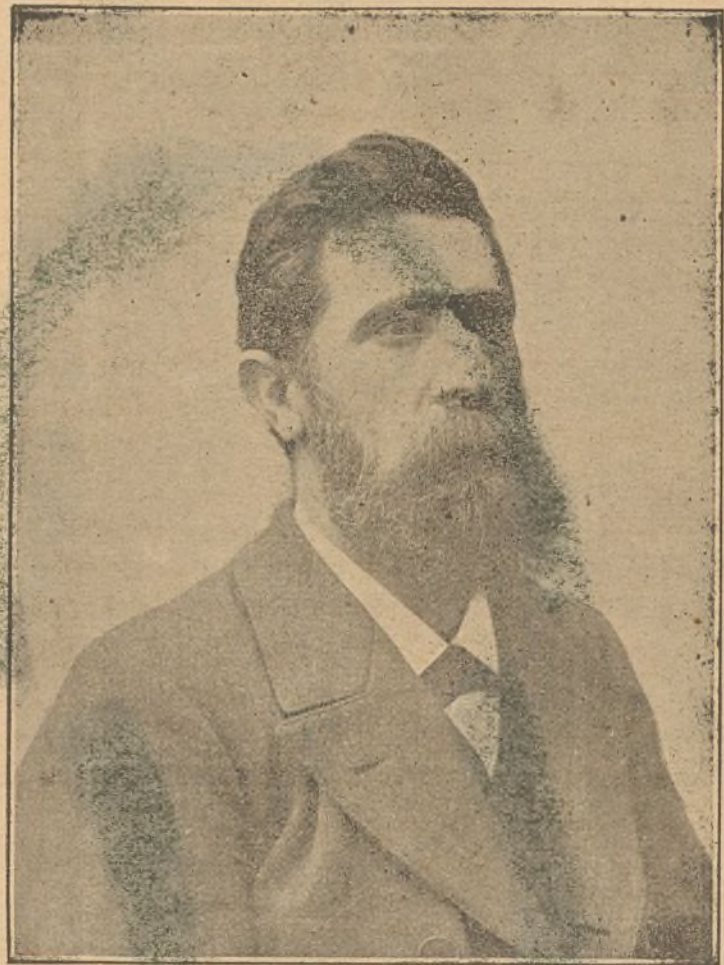
Ayuntamiento de Madrid

Bien mirado, todo esto puede formar parte del programa civilizador que á nuestras colonias perdidas han llevado los norteamericanos.

Acostarse temprano es práctica higiénica y educativa recomendada por todos y seguida en algunas partes, y los yanquis la recomiendan á tiros.

La letra y las buenas costumbres entran con sangre.

LOS HOMBRES DEL DÍA



TOMÁS BRETON
(AUTOR DE LA ÓPERA *RAQUEL*)

LOS NEGROS

Cuando ya de la tarde la luz expira
y el vencido trabajo no hay quien recuerde,
por los aires dormidos vibra y se pierde
el rumor sollozante de una guajira.

Es que un negro amoroso canta y delira
porque de él su ofendida negra se acuerde,
y en las hazas que alfombra la caña verde
otro cantar lejano suena y suspira.

Junto á un árbol de cima como un plumero,
por donde entre el tabaco cruza el sendero,
la pareja se encuentra bajo el ramaje.

Se miran, y descubren, blancas y puras,
como carne de coco las dentaduras,
en medio de una ríea de amor salvaje.

SALVADOR RUEDA.

UN ARTÍCULO DE EDUARDO DE PALACIO

CUARENTA REALES DE LITERATURA

—Yo soy D. Fulano.

—Muy señor mio.

—Editor distinguido, aunque me esté mal el decirlo.

—Muy mal, precisamente, no.

—Sé que usted escribe.

—Es una rareza, porque lo saben algunas personas.

—Y yo.

—Usted es aparte.

—Gracias.

—Es justicia.

—He pensado publicar una novela por *entregas*.

—¿Por qué? ¿Por qué?

—Por *entregas*.

—Creí que por intrigas del Gobierno.

—Y, como era natural, me acordé de usted, y me dije: «Ese muchacho está empezando ahora; es, como si dijéramos, un cachorro literario, y con menos dinero cumplo, y la publicación se vende lo mismo que si la escribiera una persona reconocida.»

—¿Qué... benévolo es usted!—exclama el escritor— aunque por la intención, traducido al lenguaje vulgar, parecía que quería decir: «¡Qué animal es usted!»

—Yo le explicaré mi pensamiento; si nos arreglamos, y creo que usted podrá sacar partido.

—¿Político? ¡Ah! pues si puedo sacar un partido, no vacilo; siquiera sea por evitar subdivisiones á la política, formaré otro.

—¿Usted conocerá ó habrá oído hablar de Víctor Hugo? ese francés que...

—Sí; ¿un tal Víctor Hugo? no tengo el gusto de conocerle personalmente como á usted, que no le va en zaga de seguro; al contrario, usted va delante... y una vez metido en varas, como se dice vulgarmente, de seguro concluirá cosas buenas, como editor del reino y colonial.

—Gracias: veo que es usted un joven simpático y modesto.

—Sí, señor.

—La novela ha de tener seis tomos, para que venga á salir en unos dos mil reales próximamente, por suscripción; después, los ejemplares sobrantes los venderé á doscientos reales, con una rebaja prudente.

—Pues.

—La obra ha de ser ni más ni menos que una continuación de *Los miserables* hasta nuestros días, zurciendo con cierta maestría *Los tres mosqueteros* y *Nana*, y para tonos cómicos, algún libro de Paul de Kook: todo traducido, pero sin decirlo: usted lo firma, y en paz; que nos entren moscas.

—¿Usted no sabe que hay un tratado de propiedad literaria, internacional, que prohíbe esos *chanchullos*?

—¡Ah! ¿Conque usted es de los que creen en tratados? ¡Pues está usted bien de noticias! Calle usted, hombre; si aquí cada cual traduce lo que quiere, sin que nadie le moleste. ¡Estaríamos frescos, si nos cegaran las fuentes del libro y del teatro español modernol

—Es verdad; pero es necesario que haya un poco de vergüenza: no lo digo por usted, que está fuera de este caso, porque no escribe ni arregla, ni...

—Yo publico y nada más. Conque vamos al asunto: esta publicación ha de empezar dentro de quince ó veinte días, á lo más, y no ha de faltarme un reparto. ¿Tiene usted persona que me garantice el cumplimiento del compromiso que ha de contraer conmigo?

—Sí, señor; la patrona.

—Otra advertencia: si me conviniese matar la obra en el segundo reparto, así como si me acomoda alargarla hasta los diez tomos, ¿usted se compromete á matar?...

—¿O á morir? Sí, señor.

—Puede usted ir poniendo *pieses* á las láminas que han de ilustrar la novela; yo le traeré pruebas para que las vea: si puede ser, debajo de cada una ponga usted un verso.

—¿No sería mejor poner un zócalo?

—¿Y qué es un zócalo?

—Una composición poética.

—Bueno; pues eche usted zócalos á las láminas; estoy conforme, pero bonitos; verdad es que yo los he de ver...

—¿Y qué más?

—Los capítulos han de terminar en plana par, y al tercio ó poco más; porque así empieza el siguiente en la mitad de la plana inmediata impar, y me ahorro una plana, lo menos, de composición en la imprenta.

—Es usted matemático.

—Casi. ¡Ah! los títulos de los capítulos se los pondré yo.

—Mejor; menos trabajo.

—Y si me parece que sobra alguna palabra ó algún párrafo en las planas, también le echaré abajo.

—Muy bien.

—Necesito, antes de empezar á publicar, dos tomos de original corriente.

—Bueno.

—Y antes de empezar á pagar, cuatro.

—Es muy justo.

—Es decir, si usted quiere cobrarlo todo junto...

—Mejor será.

—En ese caso, al terminar el último reparto y después de la recaudación final, toma usted su dinerito fresco...

—Ahora no falta más, sino que nos arreglamos en el precio.

—Creo que sí.

—Yo pagaré á usted con fidelidad...

—¿Nada más?

—Sí; aún no he dicho el precio.

—Ya, vamos; yo creía que pagaría usted con una buena voluntad, y...

—No, señor; yo no quiero que me trabajen de balde; acostumbro á pagar, y á pagar bien, y no soy miserable ni me duelen prendas.

—Adelante.

—Pues ofrezco á usted por ese ligero trabajo, la suma de cuarenta reales por tomo, ó, lo que es igual, doscientos cuarenta reales por los seis tomos, en los que no tiene usted más que zurcir y cantar; vamos, doce duros de momio.

El escritor mira al ángel que se le ha entrado por las puertas de su casa, y responde:

—Mire usted, don Fulano, yo soy un muchacho muy fino, como usted ve.

—Es verdad.

—Y muy cortés, y muy complaciente, sobre todo, con los editores como usted, que no merecen ni figurar en el gremio.

—Es verdad.

—Y crea usted que aceptaría muy gustoso esa fortuna que usted tiene la bondad de venir á ofrecerme...

—Usted se lo merece.

—Gracias; pero es el caso que no gano lo suficiente para...

—Todos dicen lo mismo; trabajando, ya ganan uste-

des más que nosotros, que arriesgamos dinero y trabajo.

—No, si para eso gano; pero es que me cuesta mucho dinero una causa que me siguen en el juzgado de primera instancia de...

—¡Caramba! ¡Causa! ¿Y por qué?

—Pues por una tontería; porque en cierta ocasión vino un editor á mi casa á proponerme un negocio mejor que el que usted me propone y le aderecé con su propia tinta; es decir, le salté la tapa del sitio donde debiera llevar los sesos.

Hasta hoy no ha vuelto á ver en su casa, ni en la calle, ni en el templo, nuestro amigo al editor del momio.

LANZADAS

—Presteme vuestra merced la lanza, mi amo y señor, que voy á meterme en la cama, y todas las precauciones son pocas.

—Pero, ¡qué dices Sancho! ¿Esperas acaso que vaya alguien á perseguirte hasta tu casto lecho? ¿Tienes acaso tratos con decadentistas ó con algún hermano Flaminio? ¿Tan grave peligro corre tu honestidad que has de acostarte armado, como diz que se acuesta siempre Villaverde? ¿Qué temores son los tuyos? ¿Es que esperas la visita del demonio? Pues rézale en catalán, como aconseja el obispo de Barcelona, y verás como por no oírte desaparece el gran cornudo.

—A vuestra merced, mi señor Don Quijote, dicho sea con el mayor respeto, le ocurre lo que á nuestro gran maestrante el Sr. Liniers, que da ciento en el clavo y una en el marqués de Pidal. Mis temores son otros que los que vuestra merced supone. Yo, gracias á Dios, soy más feo que el mismo Durán y Bas, y no tengo por qué recelar que nadie atente á la sagrada integridad de mi individuo. Otros son mis miedos, y bien justificados que están. Porque en tales tiempos vivimos, señor de mi alma, que ningún vecino de Madrid, por pobre que sea, puede descansar tranquilo sin haber tomado antes toda clase de precauciones á fin de evitar en lo posible la visita de algún aprovechado discípulo de Candelas. ¿Comprende ahora vuestra merced por qué le he pedido la lanza para acostarme?

—Tú deliras, Sancho. ¿Ladrones en Madrid, siendo gobernador Liniers y alcalde el hombre de las dos oo prolongadas? Te contestaré con las palabras de Suárez de Figueroa, que ha ido á hablar en el Congreso para hacer profesión de fe ministerial, sin mezcla de polaviejismo: «No creo en la reacción, como no creo en brujas», ó lo que es lo mismo: «No creo en ladrones, como no creo en el talento del duque de Tetuán.»

—¡Ah, señor, y cómo se conoce que vuestra merced no quiere regenerarse, como aconseja Silvela, y no ha leído, por tanto, las aventuras de Candelas que publica *El Imparcial*, para ilustrarnos, ni sabe del robo de la calle de Carretas, ni del de la lotería de la calle de Peligros, ni se ha enterado de la desaparición del busto de Pontejos, ni de los atracos de todos los días y todas las noches, ni, por último, ¡del saqueo de la joyería de la calle del Carmen! Le digo á vuesa merced que llevamos aún camisa de milagro. Y que yo, todas las noches, para poder dormirme, tengo que pensar en Liniers y en su policía, y aun así no puedo conciliar el sueño.

—¡Bah! ¡Temores de un espíritu cobarde! Duerme, Sancho, duerme, que yo velaré á tu lado tan bien como vela nuestro maestrante por la seguridad de sus gobernados. Duerme mientras yo trato de averiguar el por qué el gobierno subvenciona á la Compañía Trasatlántica. Ya ves si esta cuestión es para más meditada que la de los robos en Madrid.

LIBROS

Juan García Goyena, el poeta de *Batalla de flores*, ha publicado recientemente, con el título de *El Chaval*, un delicioso cuento andaluz, escrito en fáciles é inspirados versos. *El Chaval* se halla de venta en todas las librerías al precio de una peseta.

Quisicosas.—Colección de poesías, tan ingeniosas como bien escritas, por D. José Macías y Ortiz de Zúñiga. Precio, 1,50 pesetas.

Almanaque de DON QUIJOTE PARA 1900

Se ha puesto ya á la venta... y está á punto de agotarse la edición.

Publica artículos y poesías de los notables escritores Rubén Darío, Almodros, Palacio (Manuel del), Barrantes, Medina (Vicente), Rueda, Ayala, Ferrán, Balart, Campoamor, Dicenta, Palomero, Gómez Carrillo, Zahonero, Catulo Mendez, Pardo Bazán, Martínez Sierra, S'wa (Miguel), etc., etc.

De la parte artística se han encargado los notables dibujantes Rojas, Leal da Cámara, Solar de Alba, Povéda y otros.

Además, y en hermosos fotogramas, se publican los retratos de Castelar en 1853, en 1875, en 1886 y en 1890, y los del maestro Bretón, Gómez Carrillo, Lerroux, Riquelme y la Mariani, y caricaturas de los generales Weyler y Polavieja, Padre Sanz, Leal da Cámara, etc., etc.

Precio: 50 céntimos.

Para los corresponsales y suscriptores de DON QUIJOTE 40 céntimos.

Imprenta de Antonio Marzo, Pozas, 12